

## VISION DE AMERICA A TRAVES DEL ECUADOR

### Conferencia dictada por el Profesor Doctor Gregorio Marañón, en el ciclo organizado por la Embajada del Ecuador en Madrid, España, Febrero de 1953

(Tomado de: "ELOGIO DE ESPAÑA AL ECUADOR", pgs. 27 al 48, Madrid, 1953).

El que quiera tener una impresión de América fresca, oreada, virginal que lea a uno de los viajeros naturalistas y no eruditos; por ejemplo, a Humboldt. **Ein Beitrag zur Physiognomik der Natur** es el subtítulo de uno de sus libros, aquel en que precisamente describe a Quito y su región. Y en ese subtítulo está expresada toda la pedagogía de una época, a la que tendremos que volver, me atrevería a decir que por prescripción facultativa para descansar del confuso y pedante cientificismo de hoy. Estudiar, como Humboldt, la fisonomía de la Naturaleza y describirla con la minucia y el amor y con la naturalidad con que se describía el rostro y el cuerpo de la mujer amada, equivale a penetrar hasta las entrañas de esa Naturaleza: equivale a poseerla, que es la forma integral de conocerla. Los estudios fisionómicos fueron uno de los grandes y representativos caracteres del siglo XVIII. El empeño de Humboldt de ver en la fisonomía de un País la totalidad de su ser revela una concepción patética de la forma como trasunto del alma. Y fué necesario la pedantería que, como lastre

inevitable de su progreso, nos trajo el siglo siguiente, el XIX, para que la fisonomía de las cosas se considerara como una trivialidad, confundiéndola con lo superficial. Error gravísimo, porque la fisonomía es, como pensaban Humbolt y sus contemporáneos, la proyección de lo más recóndito que tiene la vida efímera de los seres vivos y la vida perdurable de lo geográfico.

En verdad, la cara, la fisonomía, es, como dice el refrán, el espejo del alma en todo lo que existe. Por eso es significativo el que Humboldt titulase sus estudios sobre el Cosmos como exploración de la fisonomía de la Naturaleza. Quito rodeada de volcanes, era para él una prodigiosa faz a la que se asomaba el alma múltiple del Continente Nuevo.

No en vano era Humboldt, amigo, más que amigo casi prolongación del hombre representativo de la mentalidad del siglo XVIII, de Goethe. Humboldt se me parece siempre como un maravilloso tentáculo, que, desde Weimar, tendía hacia las tierras lejanas Goethe, el último superhombre de la Historia, símbolo del imperio de la individualidad humana y, por lo tanto, de la perfección humana, que sólo fué posible antes de la Revolución Francesa. La Revolución hizo, sin proponérselo, que la individualidad humana saltase en pedazos para fundirse en la masa sin forma de la multitud. No juzguemos ahora si esto fué un bien o un mal y si pudo o no evitarse. El hecho es que fué así y que, después de Goethe, todos los grandes hombres han tenido su individualidad mediatizada o por la masa o por los tiranos.

Las reflexiones anteriores parecerían inútiles; pero, en realidad, conducen el pensamiento al Quito y al Ecuador, que yo quiero rememorar, al Ecuador de Humboldt, al Ecuador del siglo XVIII. Escribo bajo los auspicios de mis amigos del Ecuador, pero me dirijo a españoles. Y ello me autoriza a referirme a personas y a cosas que son familiares a los americanos, pero que los españoles sólo conocen a medias.

Es absolutamente seguro que el americano conoce al europeo mucho mejor que el europeo al americano. Y que el sudamericano conoce a España mucho mejor que el español a Sudamérica. Por eso creo que la gran labor del Instituto de Cultura Hispá-

nica, empeñada en enseñar al español las cosas de América, los libros americanos y los hombres que los escribieron es una labor decisiva, y aunque hubiera reparos que ponerle, si los hubiere, sería injusto detenerse en ellos y no reconocer su ímpetu por establecer el único lazo de la nueva y definitiva relación entre ellos y nosotros, que es el lento y profundo conocimiento mutuo a través de la obra de los dos.

Yo voy a comentar para los españoles que me leen algunas de las figuras representativas de la época aludida, la dieciochesca; y la elijo porque de por sí es, como otras veces se ha dicho, la etapa decisiva de las naciones americanas. El espíritu nacional americano se forma y adquiere su madurez en esa centuria. Y basta el hecho de su madurez para explicar la independencia.

Todo pueblo es una entidad viva, y por serlo está sujeto a un ciclo constante. Este ciclo pasa siempre por las mismas etapas: Familia, País, Nación. Los núcleos iniciales, las familias, se reúnen para formar el País; el País que todavía no es Nación, pero que tiene una estructura más fuerte que la Nación; la estructura espontánea y perdurable que dan los cuatro factores de creación social: la geografía, la religión, la tradición y la lengua. El País es, por tanto, indestructible, como la familia, a la que prolonga, y es la primera y más pura expresión de la patria. No obstante, el País puede estar sojuzgado o sometido a otra nación antes de ser él nación.

La Nación, a pesar de la literatura que la envuelve y glorifica, es, en realidad, una entidad artificial, no necesariamente sujeta a límites naturales ni formada por gentes de las mismas costumbres y tradiciones, de la misma religión y de la misma lengua. Pero a pesar de su artificiosidad y a veces de su arbitrariedad, a pesar de los cambios que pueden ocurrir en su territorio, en los modos de su gobernación e incluso en su religión, cambios que no ocurren nunca en el País, que es siempre igual a sí mismo, la Nación es, digo, la aspiración suprema en lo político, de las colectividades humanas, porque la Nación supone, necesariamente, la independencia. Una Nación esclavizada no funciona como tal Nación hasta que recobra de nuevo su libertad. Mientras

que un País esclavizado sigue siendo tan País como cuando era libre.

Por eso, cuando el País madura, siente la necesidad de convertirse en Nación libre y acaba siempre por lograrlo. La lección de la Historia es, a este respecto, definitiva. No hay poder grande ni chico que, al cabo de más o menos tiempo, pueda impedir a un País maduro ser dueño de su destino; esto es, adquirir la categoría de Nación. En Europa, los Países conglomerados artificialmente durante varios siglos por las conquistas o por los matrimonios regios, para formar los grandes imperios que estaban aún en pie en el siglo XVIII, se fueron independizando en cuanto adquirieron la conciencia de su nacionalidad. Lo mismo les ocurrió después a los países de América. Y hoy asistimos al comienzo de la independencia de muchos de los Países que están todavía sometidos. Sólo los Países inmaduros, por incultos o por decrepitos, seguirán, y no por mucho tiempo, en la situación de dependencia.

En el siglo XVIII maduró el espíritu nacional en todos los Países americanos, preparándose para su separación de las grandes potencias europeas. Y el espíritu de este siglo quedó para siempre grabado en la evolución americana. En algunos de los Países de América los episodios de la liberación, largos y complejos, cambiaron mucho la biología nacional, desvaneciendo una parte de su sentido dieciochesco, de lo que Humboldt hubiera llamado "su fisonomía" dieciochesca. Pero en la mayoría de esos Países, con pubertad más rápida, el perfil de su juventud perdura, como en los hijos muy parecidos a sus padres. Basta mirarlos a la cara para saber hasta qué punto corre por sus venas la generosa sangre del siglo XVIII. En este caso están las Repúblicas que formaron, otrora, el Virreynato del Perú y de Nueva Granada.

El interés por el siglo XVIII americano se acrecienta porque nos ayuda a conocer el XVIII español, el peor interpretado de nuestra Historia moderna. Esta mala interpretación se debe a que la visión del siglo XVIII ha sido enturbiada por el prejuicio de que en él se engendraron los sucesos revolucionarios que empezaron

en Francia y acabaron por invadir a todo el mundo. He dicho **prejuicio** a conciencia de que estoy en lo cierto y de que esta certidumbre despeja uno de los grandes equívocos de la Historia contemporánea.

Fijémonos bien en esto. En la sucesión de los hechos históricos cada cosa que ocurre es hija del pasado por la razón perogrullesca de que sin el pasado no existiría el presente. Pero la responsabilidad de la herencia no está vinculada al hecho de la cronología inmediata de la herencia. La revolución Francesa ocurrió porque tuvo que ocurrir, porque venía engendrándose, no desde el siglo XVIII, sino desde dos siglos más atrás. El jacobinismo, que fué el fruto típico de la Revolución; fruto recusable por su disfraz de liberalismo, siendo, como fué y es, radicalmente anti-liberal, venía de muy lejos, y el historiador atento le ve atravesar el siglo XVIII como una flecha emponzoñada, pero no nace en él. No es hijo del siglo XVIII, sino más bien su negación.

El espíritu del XVIII, antes de que lo frustrara la Revolución, representa en la Historia del mundo el más logrado esfuerzo de civilización genuinamente humana, y me atrevo a decir que cristiana. Y si en Europa fué sólo una cima más, en su accidentada Historia, llena de altibajos, en América coincidió, como un primer amor, con la juventud de las nacionalidades, y dió a esta juventud, de un modo directo y sin reservas toda su espléndida sazón.

En España, abatida entonces por los reinados de los últimos Austrias y por la guerra de Sucesión, el impulso renovador del siglo XVIII tuvo también un sentido de resurgimiento espiritual, paralelo al de América, aunque fueran las consecuencias políticas diametralmente opuestas. Este resurgimiento español, todavía no suficientemente estudiado y comprendido, está representado por un hombre extraordinario: el P. Feijóo, cuyo eco en América, y, desde luego, en El Ecuador, fué fundamental.

El P. Feijóo significó en las Españas de los dos Continentes todo esto:

Primero, el profundo amor a la patria, compatible con el

afán de universalización, con la crítica valerosa de las limitaciones nacionalistas.

Segundo, la fe en la ciencia, compatible con la dura crítica de nuestro atraso científico.

Tercero, el afán de claridad y de sencillez frente a la pedantería aparatosa y vacía de los sabios oficiales.

Cuarto, el respeto a la santa libertad del pensamiento, compatible con una rigurosa ortodoxia social, con la negación de todo progreso que no fuera evolutivo y disciplinado y, por tanto, con la negación sistemática de la Revolución.

Quinto, en fin, la fe religiosa inmaculada, compatible con la batalla ardiente contra la superstición y el fanatismo.

Por estas mismas cinco razones soy un apasionado de Feijóo. Y si de algo me envanezco en la vida es de haber contribuido con mi entusiasmo a recordar a los españoles y a los americanos de hoy lo que fué y lo que representó el P. Feijóo y el feijonismo.

Porque puede hablarse de un **feijonismo**, de una verdadera doctrina la que gravitó una de las épocas críticas del mundo español. Y para mí, a este feijonismo se debe lo mejor de lo que después ha ocurrido y de lo que se puede esperar mañana en España y en América.

Todo esto, que parece ajeno a mi tema no lo es. Es, por el contrario, el camino que nos conducirá al Ecuador. Pero antes de llegar a él hay que detenerse un momento más en el feijonismo.

Sobre la eficacia del feijonismo en España nada he de añadir a lo que escribí en un libro dedicado al gran benedictino. Sin Feijóo es difícil comprender, tal como fué, a Jovellanos, la gran figura española de la articulación entre los siglos XVIII y XIX; y sin Jovellanos no se concebirían los grandes gobernantes o tratadistas políticos del siglo XIX los que tuvieron un sentido universal, desde Cánovas y Castelar a Balmes y Donoso Cortés.

Todavía hoy, a pesar del tiempo transcurrido, todas las maldanzas recientes de la política española equivalen a olvido de los grandes principios que representaba Feijóo, y sólo ateniéndose a ellos se vislumbra el progreso futuro.

La influencia del feijonismo en América fué también muy

importante y no ha sido estudiada todavía. La semilla de sabiduría y de comprensión de Feijóo voló sobre el mar y cayó en América, en el momento propicio, a la vez que aquí. Es sabido que ningún otro libro español tuvo entonces, y casi puede decirse que nunca, la inmensa difusión y popularidad de los volúmenes del Teatro Crítico y de las Cartas Eruditas. Las copiosas ediciones, según salían de las prensas, se difundían por el ámbito hispánico. No había hogar en el que los volúmenes, encuadernados en pergamino, no ocuparan un lugar de honor. Un contemporáneo del Padre Maestro escribió que en la mayoría de las familias españolas la reunión vespertina, con su Rosario y su lectura de la vida del santo del día, se terminaba con la de un capítulo de las obras de Feijóo, que muchos sabían de memoria.

Lo mismo sucedía en la vida colonial, cuya patriarcal quietud empezaba a turbarse de ansias de saber y de ímpetu de libertad. El mismo P. Feijóo comenta en una de sus Cartas la alegría que le produjo el saber por un viajero que acababa de llegar de las Indias que sus libros corrían por allí de mano en mano tan copiosamente como en España. El teólogo mejicano don José de Elizalde, examinador de la Nunciatura, escribió un **Parecer**, publicado al frente del tomo VI del **Teatro Crítico** y en él leemos que "no sólo la Europa se deleita con la obra de Feijóo, sino que su fama y universal alabanza extendióse hasta los distantes territorios de la América, y en muchos reinos de la Asia y en las Filipinas pueden sus individuos gozar de su hermosura".

Así fué. En otro lugar he referido la emoción que hube de experimentar hace años al tropezar una y otra vez con los libros de Feijóo recorriendo pequeñas poblaciones por la ribera del Plata, y cómo esta emoción casi se convirtió en congoja una vez en que, al pasar por una de esas poblaciones, me ofrecieron como recuerdo ciertos volúmenes que habían pertenecido a uno de los personajes de los días de la Independencia. Y esos volúmenes eran las Cartas Eruditas del P. Feijóo.

Tengo muchas noticias recogidas sobre el feijonismo en América y sobre su influencia, y espero lograr algún día el vacar necesario para ordenarlas y darlas a luz. En el Ecuador esa in-

fluencia tuvo gran importancia en la evolución de la incipiente nacionalidad. Nos lo demostrará el rápido bosquejo de algunos de los grandes hombres representativos de aquella época.

Y al hablar de esos hombres surge, en primer lugar, el de otro fraile, esta vez franciscano, Fray Vicente Solano. Había nacido en 1792, finalizando el XVIII, y desarrolló por lo tanto, su actividad en los primeros decenios del XIX. Mas a pesar de ello, la figura de Fray Vicente es por entero dieciochesco, así como su sabiduría, su actitud en la vida pública y hasta su pergeño. Fué el Feijóo del Ecuador.

El mismo Fray Vicente Solano advirtió el paralelismo de su obra con la de Feijóo, y en uno de sus más felices escritos, en el **Segundo Viaje a Loja** escribía con indisimulada satisfacción, después de recordar las grandes aventuras de Feijóo, atacando la ignorancia y el fanatismo: "Lo que el sabio benedictino decía en su patria digo yo en la mía". Otros han insistido en la semejanza de ambas insignes existencias. Tomás Povedano, el autor del retrato del gran franciscano que hoy se conserva en la Universidad de Cuenca, en El Ecuador, consciente o inconscientemente, se inspiró en el conocido retrato de Feijóo, de Vázquez, grabado y difundido en los RETRATOS DE ESPAÑOLES ILUSTRES. Y un distinguido escritor actual, Agustín Cueva Tamariz, ha publicado un excelente libro sobre las **Ideas Biológicas de Fray Vicente Solano**, rótulo intencionadamente idéntico al de mis **Ideas Biológicas del P. Feijóo** para hacer más notoria la similitud entre ambos frailes renovadores.

¡Con qué deleite lee un español, y sobre todo un español entusiasta y discípulo de Feijóo, los escritos del P. Solano! A ambos, a Solano y a Feijóo, les inspira el mismo amor a su patria, la misma fe enternecedora en la eficacia de la ciencia, idéntico entusiasmo por la tolerancia como base del progreso humano y pareja necesidad de substituir los vanos sistemas filosóficos por la verdad experimental. Voy a transcribir algunos pensamientos y comentarios del franciscano de El Ecuador, que podrían pasar exactamente por pensamientos y comentarios del benedictino español.

Refiere una vez Solano que, a veces, se han encontrado animales, como el sapo, dentro de grandes frutas, por ejemplo, la calabaza o zapallo; o bien en el interior "de una piedra muy compacta o en medio de un muro antiguo de cal y ladrillo". Y añade con palabras exactamente feijonianas; "Para el vulgo estos son misterios incomprensibles, para el naturalista son efectos que están en la esfera de las causas naturales". Y deshace este "falso milagro" con ejemplos de gérmenes vivos que permanecieron, como adormilados, dentro de otros cuerpos, y, al fin de muchos años, colocados en condiciones apropiadas, se volvieron a desarrollar. Uno de los casos que aduce es el del trigo encontrado en silos milenarios en la provincia de León, ocultado allí por los cristianos que huían ante la invasión musulmana, y, a pesar de los siglos, este trigo era todavía apto para ser convertido en harina y en pan y para ser sembrado y para germinar. ¡Cuidado, por lo tanto, con tomar como milagros simples hechos naturales! Aunque la meditación sobre estos hechos naturales revele, una vez más, el infinito poder divino. Todo lo que vive es perpetuo milagro. El brote de una flor entre millones de flores o el prodigio de una aurora entre millones de auroras obedecen a causas naturales; pero el dedo de Dios está en ellos y muestra su omnipotencia como cuando tocaba los ojos del ciego, en el Evangelio, y le hacía ver.

El P. Solano siente, como Feijóo, como todos los hombres inteligentes de su época, la maravillosa fruición de no creer en los hechos porque se los cuenten, sino sólo cuando la propia experiencia los confirma. Hoy no nos damos cuenta de lo que debió representar para aquellos hombres la iniciación del método experimental. Habían aprendido de los pensadores clásicos, como Bacón, como nuestro Vives, como Descartes, que de tejas abajo no hay dogmas. Cada presunta verdad puede ser verdad o ser un error. Por los fueros de su inteligencia el hombre debe estar siempre dispuesto a dudar. La santa duda engendra la razón. Los que temen a la duda es que, en el fondo, tienen miedo a la verdad. Dudar puede ser una angustia, pero el hombre inteligente ama esta angustia, de la que se sale siempre, como salen del fon-

do del mar los pescadores de perlas, con una idea nueva en la mano.

De esta teoría de la observación rigurosa, depurada por la duda, que tiene el valor de un experimento, pasa Solano al experimento mismo; experimento pequeño, casero, pero iluminado por la misma gracia de los grandes hallazgos de los genios. Habla, por ejemplo, del río Matadero, que corre cerca de la ciudad de Cuenca, donde estaba su Convento, y le dedica este apóstrofe que parece salido de la pluma de Feijóo: "Este nombre de Matadero es el más adecuado a sus efectos nocivos", porque su agua sienta mal a cuantos la beben; pero Solano ha averiguado que la malicia del río se debe, no a influjos misteriosos, como suponen los ignorantes, sino sencillamente a que contiene mucho carbonato de cal y caparrosa verde. He aquí, agrega, "la prueba química" que la asegura: "En un vaso de agua del río Matadero he echado un poco de ácido oxálico y me ha dado un precipitado de cal o más bien de oxalato de cal. Me ha causado admiración ver proporcionalmente la cantidad de agua y la cantidad de carbonato de cal que en ella se contiene". Todo el siglo XVIII, con sus laboratorios de química rudimentarios, pero origen de los de ahora, está aquí.

Las maravillas de la Naturaleza que le circundan embriagan a nuestro franciscano y le mueven a alabar la tierra americana, en la que basta salir unos pasos de la ciudad para gozar de la inefable dicha de descubrir. Y refiere sus hallazgos con emoción poética, a veces de calidad excepcional. Dice una vez, por ejemplo:

"La tristeza después del amor, según la observación de Aristóteles, no sólo se verifica en los animales, sino también en las plantas. El caliz, los pétalos y todo lo que servía para cubrir y conservar los órganos de la generación de la flor se marchitan y desaparecen poco a poco, a medida que estos órganos han ejecutado la gran obra de la Naturaleza. La flor se destruye y al ovario sucede un fruto como en el animal después de la generación surge el *ambrión* (el hijo). Todo esto encanta al que sigue la marcha de la Naturaleza y el poder y la sabiduría del Creador".

He aquí ahora la deliciosa descripción del hornero, el pájaro amado de Martín Fierro: "Hay en Loja un pájaro que llaman yaganchi. Los naturalistas españoles le dan el nombre de hornero como alusión al nido que hace de barro en figura de horno. Es del tamaño de un tordo, de color bermejo en la espalda y blanquecino en la garganta. Tiene el canto agradable. El macho y la hembra viven en sociedad perpetua. Aunque muchas aves hagan sus nidos de barro, como la golondrina o el vencejo, el hornero es notable tanto por la singularidad de su obra como por su solidez y artificio. Trabaja en unión de la hembra y me han dicho que convida a otras de su especie para el trabajo... En las cercanías de los ríos de Loja raros son los árboles que no tengan un nido de los horneros".

Y véase su canto a los ojos del hombre, conmovedoramente dieciochesco: "¿Qué diremos, exclama, de la vista del hombre? Es verdad que sus ojos no son telescopios como los del águila, ni microscopios como los del caballo. Pero tiene otras recompensas. El hombre ha sido creado para la ciencia, y si todo lo viese se acabaría su espíritu investigador, le causaría hastío el espectáculo de la Naturaleza y sería el ser más desgraciado. Descubriría peligros en el aire, en la tierra, en todos los elementos. El queso que come, el agua que bebe no sería más que un conjunto de insectos abominables si el hombre tuviese una vista microscópica. Su cuerpo mismo le causaría horror el verlo transido de poros y recubierto de escamas".

Es curioso que estos comentarios fueron rigurosamente reproducidos por nuestro don Santiago Ramón y Cajal en una de las narraciones de su libro **Cuentos de Vacaciones**, en la que describe a un sabio que acierta a colocar en sus ojos lentes de microscopio y muere de terror al descubrir los millones de microbios que nos acechan en el aire que respiramos y en el agua que bebemos para los que, por la gracia de Dios, es ciega nuestra retina normal. Puedo asegurar que Cajal no conocía la obra de Solano. Es este, pues, un ejemplo más, entre los muchos que pueden recogerse, de coincidencia de la misma idea en cerebros lejanos y sin relación entre sí, cuando un mismo clima espiritual los baña y los

fecunda. Para ese clima espiritual somos los hombres maleables como cera. El pulgar genesiaco del tiempo en que vivimos se imprime sobre el espíritu humano, haciendo iguales a hombres que no se conocen ni se verán jamás. En los Elíseos Campos, si allí hay humor para las bagatelas, será curioso ver enfrentarse al fraile de la Cuenca ecuatoriana y al histólogo aragonés. ¡Qué dos seres en apariencia más remotos! Pero coincidieron en sus ideas, porque tuvieron el clima común, la misma ansia de infundir la razón y la ciencia en sus respectivas patrias.

Consigno también la coincidentica de Solano y de Feijóo en un detalle de cultura urbana que anoté en mis lecturas por referirse a Toledo. Feijóo, hablando de Toledo, decía irónicamente que era la más pulcra ciudad de Castilla porque, gracias a que todas sus calles están en cuesta, las fregaba la lluvia, cuando el cielo tenía a bien llover. Y Solano repite lo mismo de Quito, recordando la frase del doctor León y Carcelán de que "No hay más policía en Quito que el aguacero". En efecto, añade el buen fraile, "las luvias son allí copiosas y tienen la facilidad de limpiar las calles por hallarse la ciudad en un plano inclinado".

No tendría fin este paralelo. El P. Solano, como el P. Feijóo, tenía la visión de que el porvenir del mundo era el trabajo. Lleno de fervor encomia las poesías de Pichat, populares en su tiempo, olvidadas hoy, porque el sentido presocialista de aquellos mediocres versos ha sido superado. Pichat ponía en boca de Dios estos apóstrofes a los hombres: "Trabajad, porque, viviendo vuestra vida de obreros, vivís la plenitud de la vida; el trabajo lo es todo, es la fe, el culto y la oración. . . Nada de lo que he creado puede compararse en grandeza a la mano y al brazo que trabajan". Los comentarios del franciscano son del más puro rousseaunismo: "Esta sí que es poesía, dice; poesía de acción, de creación. El poeta llega hasta el origen fecundo y vivo del pensamiento militante: es poeta y pensador". Esta idea del socialismo cristiano fué una de las creaciones del siglo XVIII. La rompió la Revolución europea amputando al obrero la religión. El trabajo, como musa, se desvaneció y surgió la poesía romántica, que es el último esfuerzo del hombre por salvar al hombre ante la masa. Lo típico del Ro-

manticismo es que los problemas más íntimos del poeta adquieren en sus versos categoría de acontecimientos. La multitud no existe para el romántico. No erraban los extremistas de cincuenta años después cuando consideraban como burgueses y enemigos de la Revolución a los románticos, a pesar de su aire iconoclasta y de sus vestidos desastrados.

Con ternura especial me despido del P. Solano, recordando sus predicaciones exaltando la importancia de la limpieza y de la buena educación. "Se fundan escuelas, escribe, que son una maravilla", pero en ellas no se enseña a los niños lo fundamental; es decir, que tengan la cara lavada y que su trato sea cortés. Sin esto no hay civilización. ¡Cómo no conmovirse oyendo al pie de los Andes el eco de las mismas imprecaciones del Feijóo español! ¡Modos antes que cosas! He aquí el supremo programa, no sólo de la escuela inicial, sino de la Universidad. Yo lo propugno con tanto ardor que para mí, encanecido en la enseñanza, el mejor alumno es siempre el mejor educado, el más sensible a las lecciones de trato cordial; porque sin éste el caudal de conocimientos y la habilidad técnica son un arma con el filo embotado, cuando no un arma con peligroso, **antihumano contrafilo**.

Fué Solano menos universal que Feijóo. En cambio fué menos destemplado que el español; y, como escritor más correcto. En los países del antiguo Virreynato del Perú había como un filtro para depurar el castellano de voces malsonantes o extranje-rizas, y la pureza del habla que hoy admiramos en los nativos de estas Repúblicas se advertía ya al final de la vida colonial.

En la España del XVIII hubo una gran influencia francesa a través de las Cortes borbónicas. Pero esta influencia, en contra de lo que se ha dicho, fué no una sumisión, sino un fructífero intercambio. En un sentido peyorativo, sólo se afrancesaron los petimetres. Lo del afrancesamiento de España en el XVIII es una leyenda fundada en anécdotas, como la de la Marquesa del Padre Isla, que estornudaba en francés. El pueblo español pudo vestir y comer a la francesa y leer a los grandes autores franceses, todo lo cual es una señal de progreso y de buen gusto; pero pensó siempre a su manera, en riguroso español.

Pero si el espíritu español evitó el contagio, no sucedió lo mismo con el idioma, que se plagó de galicismos. Quiero advertir que yo no soy un enemigo mortal de los extranjerismos en el idioma. Creo que un idioma se debe nutrir de todo lo que representa vida en cada momento de su evolución, y en el siglo XVIII la vida francesa era la de mayor tensión del mundo. Lo esencial es degereir el extranjerismo, hacer que se incorpore al espíritu del lenguaje nacional y que no quede pegado a él como un parásito. Mi modesta pluma jamás se ha sobresaltado al inyectar en el caudal majestuoso del castellano voces procedentes de fuera cuando su uso tenía una utilidad. Porque un idioma, antes que una obra de arte, antes que un reglamento académico, es un instrumento de trabajo. Sin embargo, me duele a veces encontrar en los escritos de Feijóo muchas palabras exóticas que tenían su equivalencia eficaz en español.

Compárese esta tendencia extranjera de Feijóo con la pureza castellana del P. Solano, ábranse por donde se abran sus escritos. A pesar de que las lecturas francesas tenían ya un inmenso prestigio en América del Sur, y a pesar de la influencia personal que ejercieron sobre los intelectuales ecuatorianos de la época los grandes sabios franceses de la expedición geodésica, capitaneados por La Condamine, supieron aislarse del contagio idiomático y nos transmitieron el claro y noble castellano que hoy se habla en aquella República.

Pero claro es que el gran momento dieciochesco de El Ecuador no se limita a Solano, hijo legítimo de su siglo, pero proyectado ya en el XIX. Otros hombres beneméritos contribuyeron también a la creación del ambiente que señaló la madurez nacional del país.

Aunque su influencia se ejerciera desde Europa, debo citar en primer lugar a don Pedro Franco Dávila, insigne naturalista, nacido en Guayaquil. Conocen bien su obra, entre nosotros, los hombres de ciencia. Su busto, lleno del empaque elegante de la época, es familiar a los que trabajan o visitan el Museo de Historia Natural de Madrid, de que Franco Dávila fué director, incorporando a sus colecciones la extraordinaria que él había formado.

Fué alabado por el insigne Padre Flórez. Lo que ignoran la mayoría de los que visitan nuestro otro gran Museo, el del Prado, erigido primitivamente para Museo de Historia Natural, es que fué este sabio ecuatoriano uno de los asesores de Villanueva para la construcción del magnífico edificio que, terminado en tiempo de Fernando VII, se convirtió después en Museo de Pintura. El romántico Jardín Botánico, que aun perdura, y sea por muchos años, conservará el recuerdo, porque los jardines, como dijo el poeta, tienen también memoria, el recuerdo del paso, por sus calles umbrías, del sabio de Guayaquil, encasacado y empelucado. Aquí en Madrid, murió, a los setenta y cinco años de edad, y fué enterrado en la Castiza Iglesia de San Luis. El doctor Abel Romeo Castillo ha reconstruído muy bien la biografía de este gran sabio, cuya memoria es uno de los grandes lazos sentimentales (es decir, los que no se rompen nunca) que atan al Ecuador actual y a España.

Recordemos junto a Franco Dávila al Padre Juan de Velasco, naturalista también muy distinguido, autor de una **Historia Natural** que Solano cita constantemente y de la cual pensó escribir una extensa crítica.

Recordemos también al doctor Mascote, médico y poeta, cuya obra sobre la fiebre amarilla, llena de sagaces observaciones y atisbos, y escrita en un limpio español, acaba de ser reeditada por la Comisión de Historia de la Medicina en el último Congreso de Medicina de Guayaquil.

Y al lado de estos naturalistas es forzoso anotar con reverencia el nombre del insigne riobambeño, Gobernador de la Provincia de Esmeraldas, don Pedro Vicetne Maldonado, geógrafo de mundial renombre, autor de la famosa carta de la Provincia de Quito. Su valor científico fué reconocido en los grandes centros de Europa, entonces mucho más atentos que los de ahora al puro mérito y no a las circunstancias extracientíficas de los sabios. Y, desde luego, tuvo este mismo reconocimiento en la Corte española, en la que residió, con título de gentil-hombre de la Cámara Real. Fué muy amigo de La Condamine. Actuó en las grandes academias europeas y murió en plena actividad en Lon-

dres. En la biografía que de él escribió González Suárez en la **Historia General de la República del Ecuador** se hace notar el esfuerzo que hubo de vencer para alcanzar su poligráfica erudición sin maestros ni apenas libros. Acaba de publicarse su obra, con hermosos facsímiles, por el excelente investigador don José Rumazo, en la importantísima serie de **Documentos para la Historia de la Audiencia de Quito**. Séame permitido alabar esta publicación, verdadero monumento, indispensable, no sólo para la Historia del Ecuador, sino para la de España.

Y así llegamos a la gran figura científica de la época, la del doctor Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo, llamado el Reformador y el Precursor, cuya historia es mucho más conocida por desbordada del cauce puramente científico hacia las actividades políticas. Nació en 1747, en Quito, y su figura y actividad son también características de la fecunda centuria dieciochesca. Su memoria ha padecido la cuarentena de semiolvido que impone la muerte a muchos grandes hombres; pues durante dos siglos una niebla que enfriaba su recuerdo le ha rodeado, a pesar de que Santa Cruz, con Hipólito Unanue, el gran médico peruano, se ha considerado como una de las cumbres de la ciencia en el antiguo Virreynato. No falta su nombre en ninguna de las apolo- gías de El Ecuador antiguo; y la autoridad indiscutible de Menéndez y Pelayo le dió su espaldarazo en la **Historia de las Ideas Estéticas**. Sin embargo, es reciente su gran reivindicación, su elevación a la categoría de héroe nacional, casi en el mismo plano que Bolívar.

En el terreno médico, sus obras más famosas son la **Memoria sobre el Corte de Quina** y **Las Reflexiones acerca de las Viruelas**. Ambas llenas de las dos cualidades tan comunes a los grandes hombres de ciencia de su tiempo; a saber, la observación rigurosa de la realidad y la sutil penetración intuitiva. Acaso sea excesivo hablar de "las concepciones bacteriológicas de Espejo", como hace, en un primoroso comentario, el doctor Luis A. León. Pero no cabe duda que su penetrante inteligencia le hizo acercarse, todo lo que permitía la ciencia de su tiempo, a la teórica actual sobre la infección y sus causas.

Por todo esto, y no hay que decir que también por su pasión de saber, por su culto a la ciencia, por su amor al libre pensar y por su actitud rigurosamente naturalista frente a los divagadores y teorizantes; por todo esto, Santa Cruz y Espejo tiene también muchos puntos de contacto con el P. Feijóo y con otro gran médico español de su mismo siglo, Gaspar Casal, el primer descriptor de la ciencia de sus coetáneos, como el mismo Padre Solano, y no tan buen escritor como éste.

Honda huella ha dejado Espejo en el Ecuador y en toda América por su saber médico, por sus campañas para la dignificación de la Medicina, por sus dotes excepcionales de pulcritud profesional, por su crítica de los curanderos y falsos doctores. Su figura es digna de perdurable recuerdo. Y a ello se añadió el entusiasmo popular que encendían sus campañas políticas y su vehemencia de polemista. El presentimiento de la libertad que vagaba por todas las conciencias tuvo en Espejo destellos tan vivos que justifican la categoría de Precursor que hoy le rodea.

Dos notas especialmente gratas para el espectador actual son su humanismo y su buena relación con los grandes españoles de su época.

Pinta su humanismo la pincelada que puso él mismo en su autobiografía, diciendo que iba siempre acompañado de la Biblia, de Cicerón, de Virgilio y de Horacio, y que le bastaba estar con ellos para sentirse donde fuera feliz.

De su relación con los españoles de pro, queda el testimonio de que los que le ayudaron en las horas de persecución fueron el propio Virrey, Marqués de Selva Alegre, los principales Oidores y frailes españoles y, sobre todo, Celestino Mutis, el glorioso botánico, cuya sombra, acompañada de la de Espejo, de la de otro gran botánico de Nueva Granada, Francisco José de Caldas, y de la del insigne Humboldt vemos pasar por el escenario de aquel siglo, en docta conversación, como un símbolo de la amistad de América y de España y de su sentido universal.

Me he esforzado en destacar la importancia del siglo XVIII en El Ecuador porque el estilo del espíritu humano en este siglo ha dejado una huella perdurable en la vida americana. Desde

luego, en El Ecuador, que ha sido el punto de partida de estas reflexiones. Todo el vigoroso impulso que bajo los auspicios de los gobiernos actuales ha adquirido el movimiento intelectual de este gran país, tiene el acento generoso de la Europa, llena de equilibrio humanista, que precedió a la Revolución. Citaré, porque especialmente me compete, una reunión científica acaecida recientemente en El Ecuador, el IV Congreso de Medicina, cuya actividad, admirable desde el punto de vista técnico, está impregnado de un empaque que denuncia el siglo en que el hombre enfermo era todavía para el médico una entidad vasta como un mundo y respetable como un mundo, y todavía no, como ahora, un número en una estadística. Leed el discurso dirigido a la juventud por el doctor Tanca Marengo acerca de la reforma de los estudios universitarios. Porque este problema de la crisis de la Universidad se plantea en todo el mundo y no con la aspiración limitada de mejorar las plantillas de asignaturas sino con el afán ambicioso de rehacer desde sus cimientos una institución, la Universidad, que, a fuerza de ser gloriosa, ha perdido en todo el mundo la elasticidad necesaria para cumplir profundamente su excelsa misión. Leed ese discurso y advertiréis su espíritu dieciochesco en su noble inquietud reformadora, en su respeto al hombre.

¡Siglo XVIII! El estudio de su influjo en América nos ayuda a comprender el sentido de esta centuria que se nutrió del espíritu de Goethe, de Descartes, de Leibnitz y de Newton. El siglo que vió nacer la gran música, cuyo sentido y cuya eficacia civilizadora no se ha estudiado todavía, y cuando se estudie se sabrá que una sinfonía de Beethoven o un cuarteto de Mozart han evitado que se levanten muchas barricadas y que se produzcan muchos infartos del corazón. Este sentido humano del gran siglo, que se ha querido involucrar a un suceso político retardado; retardatorio por ser revolucionario, la gran Revolución Francesa; este sentido ha influido, decisiva y perdurablemente, sobre toda la vida americana, la del Norte y la del Sur.

Permitidme este comentario final. No está fuera de lugar hablar con un criterio biológico o, más concretamente, fisiológico de la evolución de los pueblos y de las civilizaciones. Lo inadmisibile

es hablar de las civilizaciones y de los pueblos, que son cosas vivas y en evolución perpetua, y como tales deben ser estudiadas, como si fueran momias desenterradas o polvorientos legajos de los archivos. Los pueblos no están hechos de documentos y de momias, sino de hombres que viven sujetos a la evolución inexorable de su condición vital. De esta condición, de su vitalidad, dependen los fastos históricos, representados en los cuadros de los museos; aquellos fastos que nos han dicho que cambiaron el rumbo de las cosas, cuando fueron, en realidad, simples epílogos de la vida.

Del mismo modo que el individuo está para siempre condicionado por las circunstancias que presidieron su formación hasta que se hizo hombre, del mismo modo los pueblos están para siempre influídos por las circunstancias que presidieron su adolescencia.

La adolescencia de los países europeos está marcada del genio insigne de Grecia y de Roma, que, en lo político, supone la perpetua inquietud y el perpetuo ensayo en busca del Estado ideal. Sobre este estrato común, cada país europeo se formó bajo el influjo de otros signos, diríamos bajo el horóscopo de otras estrellas.

Nosotros, los españoles, nacimos como Nación, en la Edad de los reinos peninsulares, con su espíritu de caballería, con su sentido profundo de la individualidad y con el afán de que la religión verdadera prevaleciera sobre la media luna. Nadie podrá nada contra este sello triple que ha sido fuente de tantas horas insignes, que es también el venero inagotable de nuestra personalidad, buena y mala, a través de tantas tempestades. Lo que se llama la unidad de España, forjada por el genio de Doña Isabel la Católica, exaltó aquella personalidad, pero no creó nada nuevo. Eramos ya así y lo seremos hasta el fin del mundo.

Los países orientales, incluida Rusia, se formaron en el amanecer obscuro de la Historia bajo el signo de los hombres duros que sabían padecer, pero no compadecer. Pueblos hechos en un molde que crea Estados fuertes, pero inexorablemente pasajeros. Pueblos capaces de manejar los inventos pero incapaces de inventar. Buenos para invadir y no para civilizar.

Y América. . . América nació en la aurora de la civilización humana mejor concebida, la del siglo XVIII auténtico; quiero decir el que seguía al gran esplendor de la Europa renacentista y no el que infiltrándose en su gloria y en su buena fe, preparó la Revolución. El siglo XVIII, que era ansia de saber, deseo de justicia, amor al prójimo y glorificación de la libertad. Si todo esto llegó a convertirse en un mito no fué culpa del siglo, sino de los que lo desvirtuaron.

Por eso el problema de nuestro mundo europeo. . . Para el americano, la democracia, la libertad, la convivencia tienen un sentido original, intangible, que en Europa se quebró muchas veces y hubo que recomponerlo. La libertad en Europa está llena de costuras y de parches. Las cartas que se juegan son las mismas aquí y allá; pero la psicología y la moral de los jugadores son diferentes, y lo son por razones cósmicas que no está en nuestra mano modificar.

Pero todo esto no hace sino aumentar el amor y la esperanza de los europeos, especialmente, claro es, de los españoles, frente a América. Yo veo a cada uno de los dos Continentes como una gran rueda erizada de púas. Pero la rueda erizada de púas, que sirvió para torturar al enemigo, tiene que convertirse en artificio para engranar con las púas de las otras ruedas y formar una máquina común, en la que se realice, como querían, los claros varones del siglo XVIII, el sueño cristiano de la paz del mundo.